

es la obediencia á mi ley. Tú estás en este mundo por Mí y para Mí, para salvar tu alma por medio del conocimiento de esta ley; pues ¿de qué te servirán todas tus grandezas, si al cabo pierdes tu alma?

Jesus es Rey porque es Dios Encarnado; es Rey y Señor; es el Rey de los Reyes, y toda autoridad sobre la tierra emana de El, descansa en El, y debe servir para su gloria. Su reino está en este mundo. Jesus es el Cielo que viene á reinar sobre la tierra, á destruir poco á poco el poder del demonio, y á restablecer así la paz y la unidad, trastornadas por el pecado original. Este reino, uno, santo y universal, se llama la Iglesia.

## § XII.

Herodes, Tetrarca ó Rey de Galilea, era un príncipe voluptuoso y cruel, presumido de sabio y gefe de una secta filosófica entre los judíos. ¡Triste filosofía, por cierto, que no reconoce por fundamentos la fé y la virtud.

Habiendo oido hablar de Jesus, como de un aventurero que hacia milagros, esperaba, junto con sus cortesanos, ver algun pro-

dijio; y empero Jesucristo no habló una palabra en su presencia. Herodes desilusionado se mofó de él, mirándole como á un loco, y lo mandó vestir con una túnica blanca, distintivo de la demencia. Mandó además que se le pusiesen entre sus manos por cetro una larga caña; y de esta manera, Jesucristo, en medio de la gritería de los blasfemos, fué llevado de nuevo á Pilatos.

Nuestra rebelion contra Dios es una verdadera locura; justo, pues, que el Redentor, víctima expiatoria de la desobediencia, apareciese con la librea de esta locura en este dia terrible de reparacion.

Los clamores del pueblo, exitado por los Fariseos y los Príncipes de los Sacerdotes, se redoblaban con un furor creciente. Pilatos interrogó de nuevo á Jesus, pero Este no respondió nada.

El gobernador creyó encontrar un medio ingenioso para salvar á un hombre cuya inocencia veia claramente. Era costumbre en las fiestas de la Pascua, que las autoridades romanas concediesen á los judíos la gracia de libertar á un reo de la pena capital.

Hallándose preso á la sazón un famoso bandido llamado Barrabás, esperó Pilatos que proponiéndosele al pueblo juntamente con Jesus, no vacilaria en anteponer á Je-

sucrismo. Con esta intencion recordó á los judíos la costumbre de la Pascua, y les preguntó á quien querian librar, á Barrabás, ó á Jesus, llamado el Cristo.....

Los Fariseos supieron excitar tan diestramente á las turbas, que lograron se levantara hácia Pilatos un griu universal que decia: "No á este sino á Barrabás." ¿Y qué he de hacer con el otro? preguntó impaciente Pilatos.—"Crucifícale."—gritaron todos.

Por una coincidencia misteriosa, el verdadero nombre de Barrabás era tambien Jesus, pues Barrabás no era otra cosa mas que un sobrenombre, y significaba en hebreo, *hijo de Abbas*, es decir *del Padre*. En consideracion al nombre sagrado del Salvador, los Evangelistas no le han llamado Jesus Barrabás, sino con el sobrenombre, segun nos enseñan algunos doctores antiguos.

Jesus, Hijo de Dios é Hijo de María, libraba de este modo de la muerte al hombre que llevaba su nombre, y que era el *hijo del padre*, es decir el hijo de Adan. Jesus Barrabás representaba en este dia sangriento de la Pasion á todo el género humano entero, es decir, al hijo culpable de Adan, rescatado por Jesus, es decir, por el Hombre nuevo, por el Dios de Adan, al mismo tiempo que Dios y hermano nuestro.

### § XIII.

El gobernador dudaba cada vez mas. "Yo no encuentro crimen alguno en este hombre"—repetia á los fariseos y á los judios, y por toda respuesta se alzaba tumultuoso por todas partes el popular clamoreo. El cobarde juez, subyugado por el miedo creyó conciliarlo todo haciendo azotar á Jesus, esperando de este modo satisfacer el ódio del pueblo.

Llevaron, pues, arrastrando á nuestro divino Salvador al patio del Pretorio, en donde los soldados romanos le despojaron de su túnica blanca, le ataron á una columna, y le azotaron. Sus sagradas carnes fueron al punto desgarradas con los látigos de cuero armados de puntas férreas, de que se valian los romanos para estas crueles ejecuciones: y luego que terminó al suplicio, los verdugos hicieron sentar á Jesus sobre una piedra, cubrieron sus espaldas con un harapo de púrpura, colocaron sobre su cabeza espinas entretegidas á manera de corona y pusieron en sus manos un cetro de caña.—"Salve, rey de los judios," le decian riéndose y arrodillándose por burla ante El: abo-

feteábale, le cubrían de salivas, y tomando la caña le daban con ella en la cabeza.

El pecado de la carne debía sufrir su castigo en la misma carne; y el Hijo Santísimo de María expiaba de este modo en su immaculado cuerpo todas las impurezas, todas las infamias de sentidos depravados.

Ensangrentado su cuerpo, traspasado de dolores, el Redentor del mundo fué llevado nuevamente ante su juez. Saliendo Pilatos fuera de la sala del Pretorio, le mostró á la muchedumbre, diciendo: “¡Ved al hombre!”

¡Sí, ¡ved al Hombre! al Hombre por excelencia, al Hombre Dios, al nuevo Adán, venido á la tierra para raparar la caída del primero y para rehabilitar al hombre, es decir, para restituirle la vida divina que ha perdido.

¡Ved al Hombre! centro de todas las obras de Dios en el órden de la naturaleza, en el órden de la gracia y en el orden de la gloria; sin El, el hombre no puede tener entrada para con Dios. Tan cierto es que solo en el conocimiento del misterio adorable por el cual Dios se ha hecho Hombre, es donde está encerrado para la humanidad entera el secreto de su rehabilitacion, de su vida y de su felicidad.

## § XIV.

Pilatos quedó burlado en su esperanza, el pueblo suele ser cruel, y la vista de la sangre le irrita siempre. Apenas hubo aparecido el Hijo de Dios, cuando se levantaron gritos furiosos, — “¡Fuera, fuera! ¡crucifícale!”

¿Y por qué he de crucificarle? preguntaba Pilatos, ¿no es inocente? ¿He de crucificar á vuestro rey?” — Nosotros no tenemos otro rey, sino á César, y no queremos que este sea quien reine sobre nosotros. El se ha llamado el Hijo de Dios, y segun nuestra ley debe morir. Si lo absuelves haces traicion al César.

Estas palabras intimidaron á Pilatos y sofocaron la voz de su conciencia. Subió, pues, al tribunal, que segun la costumbre antigua se hallaba situado al aire libre, y ante el pórtico del palacio. Mandó en seguida que le trageran agua, y lavandose las manos en presencia de las turbas. “Soy inocente, dijo, de la sangre de este justo, vosotros sois responsables de ella.”

“Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!” exclamó con una sola voz aquel pueblo de Dios, y que maldito

desde entonces como Cain, y errante como él sobre la tierra; arrastrará al traves de los siglos y entre todas las naciones el castigo de su delito.

Pilatos condenó, pues, á Jesus al suplicio de la cruz, el mas infamante y cruel de todos los suplicios de la antigüedad. Escribió en hebreo, en griego, y en latin la inscripcion que segun costumbre debia fijarse sobre la cabeza de los reos, y fué como sigue: JESUS NAZARENO REY DE LOS JUDIOS. Los príncipes de los sacerdotes quisieron cambiar estas palabras, diciendo que Jesus no era rey de los judíos; sino solamente que habia querido serlo; pero el gobernador romano, que unia á cierto desprecio de los judíos, la irritación de una mala conciencia, denegó con aspereza su pretension respondiéndole: "Lo escrito, escrito queda."

De este modo vino á ser Jesus proclamado rey de los judíos, es decir, del verdadero pueblo de Dios; y eso en nombre del imperio romano, señor entonces del universo; y en tres lenguas sagradas, hebrea, griega y latina.

A las ocho de aquella mañana pronunció Pilatos la sentencia. Preparóse pues la cruz, que segun las antiguas tradiciones, se

formó de una madera misteriosa. Para hacer mas notable el suplicio de su víctima, como tambien para aumentar su afrenta, los príncipes de los sacerdotes agregaron al Salvador dos fasinerosos que habia en la cárcel, condenados tambien al suplicio de cruz.

Durante este tiempo, Nuestro Señor estaba entregado á los soldados de Pilatos, quienes viéndole ya sentenciado, le herian y ultrajaban con mayor crueldad. Jesus no salió ya del pretorio, mas que para subir al Gólgota, ó monte Calvario, situado en la parte occidental de Jerusalem, fuera de los muros. Este era el lugar de las ejecuciones de muerte.

## § XV.

El camino que recorrió el lúgubre cortejo, era de un cuarto de legua. Llamóse desde entonces "vía dolorosa" y actualmente los piadosos peregrinos de Jerusalem pueden aun bañar con sus lágrimas estas piedras consagradas por las sangrientas huellas del Divino Redentor.

Jesus mismo llevó su cruz, y cayó en tierra varias veces, oprimido por el peso de esta querida y cruel carga. Vese todavia el

lugar en que la Santísima Virgen, su Madre, acompañada de San Juan y de Santa María Magdalena, se habia colocado para esperarle y seguirle. La humilde María, oculta, por decirlo así, á los ojos mismos de los cristianos, desde el dia de la Encarnacion, volvía entonces á aparecer de nuevo, y del modo mas solemne, cerca de su Hijo en el misterio de la Redencion.

Refiere ademas la tradicion, que, habiéndose arrojado á los piés de Jesus una mujer piadosa para darle una bebida que lo vigorizase, y enjugar su santo rostro, cubierto de sudor, de sangre y de salivas, recompensó Jesucristo su valor y su fé, imprimiendo milagrosamente las dolorosas facciones de su semblante en el lienzo que ella le presentó.

Jesus y los dos ladrones llegaron al Gólgota á eso de las nueve de la mañana, segun aparece de las mas antiguas tradiciones cristianas, y de las indicaciones de los cuatro Evangelios. Dice terminantemente San Márcos: "*et hora tertia crucifixerunt eum:*" crucificáronle á la hora tercera," es decir, á la hora de tercia, ó sea á las nueve de la mañana. (1) Las tinieblas cubrieron el Calvario

(1) Aunque la creencia universal de toda la Iglesia confiesa que Jesucristo solo estuvo vivo

á la hora de sexta, ó lo que es lo mismo, al medio dia. Desde la hora de sexta, hasta la novena, toda la tierra quedó envuelta en tinieblas (San Mateo). Confúndese por lo comun la hora de la crucifixion con la del principio de estas tinieblas, apesar de la palabra expresa del Evangelio. Nuestro Señor Jesucristo permaneció, pues, *seis horas en la cruz*, y no tres, como se dice vulgarmente.

## § XVI.

Los judios despojaron á Nuestro Señor,

por el espacio de tres horas en el madero de la Cruz, á saber: desde las doce del dia hasta las tres de la tarde, y prueban muchos autores que era moralmente imposible, que pudiese ser crucificado antes de las once y media de la mañana; con todo, nuestro autor dice con formales palabras, que Jesucristo fué crucificado á las nueve de la mañana, resultando por lo dicho, que habria estado Jesucristo vivo, pendiente de la cruz, el espacio de seis horas. Nosotros, por respeto á tan gran prelado, y porque funda su opinion en el texto de uno de los Evangelios, nos abstenemos de manifestar los graves inconvenientes que de lo dicho presentan algunos autores; aunque nos quedamos mas gustosos en la doctrina que asegura, que á las doce del dia fué crucificado, ó muy cerca de las doce, y que espiró á las tres de la tarde.

de su larga túnica, que estaba pegada á las heridas, y estendiendo al Divino Cordero sobre el madero de su sacrificio, le clavaron en él, taladrándole las manos y los piés.

Sobre su cabeza, coronada de espinas, colocaron la inscripcion de Pilatos; elevaron en seguida la Santa Cruz, y la afianzaron en la roca; y el fruto de este nuevo árbol de vida apareció á todos, santos y réprobos, suspendido entre el cielo y la tierra.

Era la hora en que segun el rito mosaico, los Sacerdotes ofrecian á Dios el sacrificio diario de la mañana inmolando un cordero. El de la tarde se verificaba á las tres.

Crucificaron á los dos ladrones á ambos lados de la cruz de Jesus: á la derecha estaba el que se convirtió, ó sea *el buen ladrón*, Dimas.

Los soldados dividieron entre si los vestidos de los tres reos; pero como la túnica de Jesus era toda de una pieza, no quisieron desgarrarla, y la echaron suertes sobre ella. Todo esto era el cumplimiento textual de las profecías, y el conjunto de los signos por los cuales debía reconocerse á Jesucristo como futuro Mesías, Rey de gloria y varon de dolores, verdadero Gefe del verdadero Israel.

El Gólgota estaba lleno de gente, y los

fariseos se gozaban en su triunfo.—“Vaya,” gritaban irónicamente apostrofando al Divino Crucificado, y aludiendo á una de sus profecías: “tú que pretendes destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres dias; descende ahora de la Cruz.”—“¡Miradle, añadian, salva á los otros, y no puede salvarse así mismo! Si es el rey de Israel, que descienda de la Cruz, y entonces creeremos en él.”

El pueblo y los soldados repetian estas blasfemias.

## § XVII.

En medio del tumulto y de los gritos, se dejó oír la voz del Hijo de Dios: esta voz era la plegaria de nuestra salvacion.

“Padre mio, exclamó Jesus, perdonadlos que no saben lo que hacen.”

¡Oh no! No sabemos lo que hacemos cuando cometemos el pecado. El pecado es quien por medio de los judíos crucifica y ultraja al Señor. Cuando leemos en los Evangelios los exsesos de los judíos, nos indignamos contra ellos; ¿pero porqué no indignarnos contra nosotros mismos, que con tanta frecuencia en nuestra vida hemos

hecho lo que hicieron aquellos grandes culpables, entregando á Jesús, renegando de él avergonzándonos de él, menospreciando su santa ley, hollando con los pies la sangre adorable con que ha redimido nuestra alma caucificándolo en el fondo de nuestro corazón, y quizá blasfemando de él.

### § XVIII

Al oír aquella dulce y adorable palabra "Padre mío, perdonadlos, que no saben lo que hacen," el corazón de Dimas, aquel ladrón crucificado á la diestra de Jesucristo, se sintió conmovido de un súbdito arrepentimiento. Al ver tanto amor, misericordia tanta, reconoció á su Dios; y siendo la primera conquista de la cruz del Salvador, volvió á Jesús sus ojos bañados en lágrimas, "Señor, le dijo con una humilde confianza: acordaos de mí cuando esteis en vuestro reino."—Y Jesús le respondió.—"Hoy mismo serás conmigo en el Paraíso."

¡Cuántos infelices pecadores se han consolado con esta divina respuesta! ¡Cuántas amorosas y santas lágrimas ha hecho ella derramar! ¡Qué poder tan grande comunica al arrepentimiento! Pero también, ¡qué fé

tan prodigiosa la de aquel gran penitente del Calvario, que no viendo ante sí mas que un hombre desfigurado, cubierto de sangre, pendiente como él de un infame patíbulo, sin embargo, al traves de tantas sombras reconoce á su Salvador y á su Dios. Apesar de los crímenes de que se siente culpable, cree en el amor de Dios y en su misericordia sin límites. Y su fé no queda burlada, pues que Jesús con sus sagrados labios le declara absuelto y santificado, puesto que solo los justos, los hombres purificados ante Dios, pueden entrar en el Paraíso.

Cualesquiera que seámos, tengamos confianza. Nuestro Dios, es nuestro Salvador, y desde lo alto de su cruz nos promete perdonarnos. Acordémonos del buen ladrón, pero acordémonos también de la palabra de San Agustín contra la presuncion de la falsa penitencia: *Unus ne desperes, unicus ne praesumas.*—El evangelio ofrece este ejemplo para darnos esperanza; pero no ofrece sino este ejemplo solo, á fin de salvarnos de presuncion.

### § XIX

Tres horas habia que Jesucristo estaba pendiente de la Cruz, cuando á la hora sexta

del día, es decir, hácia el medio día, tinieblas sobrenaturales cubrieron toda la tierra; y duraron hasta la hora de nona. No eran aquellas tinieblas un eclipse ordinario, sino un oscurecimiento milagroso de la luz destinado á hacer conocer en todas partes que la obra divina tocaba á su término.

Muchos historiadores paganos y judios, han atestiguado la verdad de estas tinieblas del Viérnes Santo: y uno de ellos afirma que eran tan densas, que se veian distintamente las estrellas. Moises para libertar al pueblo del Dios de la servidumbre de Faraon, habia cubierto el Egipto de tinieblas semejantes durante tres días, sin embargo de que no habia obrado con otro poder que el del mismo Hijo de Dios que moria aquí en la Cruz, verdadero libertador de su pueblo y Señor único de la naturaleza.

Al pié de la Cruz se hallaba de pié inmóvil y transida de dolor, la Inmaculada Virgen, á quien el Hijo de Dios habia elegido por madre suya.

Alto designio fué de Jesucristo el querer que María estuviese de pié junto á la Cruz y que allí nos fuese dada por Madre. Despues de haber querido que le acompañase durante el curso de su vida, quiso sobre todo que le asistiese en su muerte; que estuviera

junto á su Cruz, y esto en calidad de gran testigo de la Divina Sangre que su Hijo deramaba por la salud del género humano. La cruz se apoya de este modo sobre María, tanto como María sobre la Cruz. "Quitad á María, y la Cruz cae," decia San Cirilo al Concilio Ecumenico de Efeso. La Virgen estaba acompañada de San Juan, de Santa María Magdalena y de algunas santas mugeres que seguian constantemente á Nuestro Señor. María en cuyo seno se habia obrado el misterio de la Encarnacion, se unia en el Calvario á su Hijo Jesus, ofreciéndose con El en sacrificio por los pecados del mundo. Habia parido sin dolor á Jesucristo, tres veces santo: y ahora que su Hijo y su Dios habia cumplido su mision sobre la tierra, tocábale parir á costa de dolores inconcebibles, al hijo adoptivo y culpable por el cual moria Jesus. Este hijo pródigo, este segundo hijo de Dios y de María, es el género humano, es la Iglesia, y Jesucristo ha muerto tan solo para darle la vida espiriritual y eterna.

La humanidad estaba representada en el Gólgota por San Juan, el discípulo amado de Jesus, el discípulo puro y virgen que vino á ser desde entonces hijo de María. Poco tiempo antes de espirar, reanimando Jesus



sus desfallecidas fuerzas, dirigió los ojos á su Madre y á San Juan, que le contemplaban con dolorosa ternura; "Muger, dice á la Virgen, mostrándole á San Juan, he aquí á tu hijo." Y mostrando en seguida la santa Virgen á su fiel apóstol, añadió:— Hé aquí á tu madre."

Este era el último fallo del sacrificio de María, la cual de la boca misma de su Hijo único, recibía otro hijo, quedando todos nosotros comprendidos en esta palabra de Nuestro Salvador. María nos hizo participar del amor inefable de que estaba abrazado su corazón hácia Jesús su verdadero Hijo y su Dios; y así como en el día de la Encarnación el amor que había tenido hasta entonces á su Dios, vino á convertirse en el amor á Jesús su Hijo, del propio modo el día de la Redención, el amor á Jesús fué en ella el amor á toda la Iglesia, es decir, á todas las criaturas que aman á Jesucristo y que viven en su vida.

La devoción á María es, pues, para los cristianos, inseparable de la devoción á Jesús, de la propia manera que la devoción al mismo Dios.

## § XX

Aproximábase la hora solemne, las tinie-

blas empezaban á disiparse y dejaban ver suspendido en la Cruz el cuerpo lívido y palpitante del Redentor. Toda su sangre se había ya derramado, y sombras de muerte velaban su faz sagrada.

Para que comprendamos el abismo de sus dolores y el abandono en que la Justicia Divina había sumergido su humanidad, exclamó con una voz llena de angustias: ¡"Dios mío Dios mío!" ¡porqué me has desamparado?

Víctima como se ofrece del pecado, no se atreve, no puede ya llamar á Dios *su Padre*. Si nosotros tenemos, nosotros miserables pecadores, el derecho de repetir este nombre dulce de Padre, no es sino porque debemos á nuestro Salvador, que anonadándose por nuestro amor, nos ha restituido en su muerte la gloria de nuestra herencia perdida.

"Sed tengo." exclamaba moribundo Jesús; movido de compasión uno de los soldados romanos, tomó una esponja, la empapó en un poco de vinagre mezclado con agua, y á favor de su lanza, la aproximó á los secos labios de Jesucristo. Empero Jesús rehusó este último alivio, y sabiendo que la redención del mundo estaba terminada, levantó su cabeza cargada de espinas, y ex

clamó:—¡Padre mio, en tus manos encomiando mi espíritu!”

Despues, mostrándose como Dios, por última vez, lanzó un grito inmenso.—*Consumatum est.* Todo está consumado.

E inclinando la cabeza, emitió su espíritu; *omi sit spiritum.*

¡Dios acababa de morir! ¡Misterio incomprendible de amor! Sí; Dios muere en su humanidad, y ese espíritu que el de morir exhala sobre el mundo; es el espíritu principio de toda vida, el espíritu que en el día de la creacion comunicó la vida á nuestro primer padre; no solo la vida natural y terrestre, sino la vida divina y eterna, espíritu de amor que perdimos al separarnos de Dios por el pecado, y que nos ha restituido nuestro Padre Celestial por los méritos de su Hijo Unico Jesus Crucificado.

Jesus muere, y su alma deja de animar y vivificar su cuerpo; pero su cuerpo, asi como su alma, permanecen unidos á la divinidad, y el Hijo de Dios no permite á la muerte estender mas allá de esta desunion transitoria su accion sobre la humanidad santa de Jesus.

Esto es cabalmente lo propio que nos sucederá á nosotros si vivimos y morimos para Jesucristo: en el momento en que el de-

monio, príncipe de la muerte, tienda sobre nosotros su mano terrible, nuestra alma, unida á la alma santa del Salvador, será libertada con ella y por ella del poder del enemigo: y el día de la resurreccion general, nuestro cuerpo mismo, vencido, degradado y quebrantado por el pronto, recobrará una nueva é imprecadera vida, por la virtud Divina del cuerpo de nuestro Redentor.

Por aquí se ve que la vida de Jesus es nuestra vida, su muerte es nuestra muerte, y su triunfo y su gloria eterna son nuestro triunfo y nuestra gloria.

## § XXI

Jesucristo murió el Viérnes Santo, dia décimo quinto del mes de Abril, á la hora de nona, es decir, á las tres de la tarde. En el momento de espirar sucedieron grandes prodigios. Tembló la tierra, y la roca del Calvario se partió en el espacio que separaba la cruz de Jesus de la del mal ladrón. Un terror secreto se difundió en Jerusalem, y sobre todo en el templo, donde se inmolaba el Cordero vespertino. El velo que separaba el santuario de los sacerdotes del Santo de los Santos, se desgarró de

arriba á abajo con gran estruendo: el arca de la alianza dejó su fondo al descubierto, y la puerta principal del Templo se abrió por sí misma con estrépito.

El alma adorable de Jesucristo, en el momento que dejó de animar su cuerpo crucificado, descendió al seno de las almas santas, que desde el principio del mundo esperaban la venida del Redentor, las consoló y las hizo saber que el momento de su libertad era al fin llegado.

El cuerpo de Jesus, entretanto, permanecia aun pendiente del patíbulo. Pero como se aproximaba la noche, y al siguiente dia era sábado, dia en que tan rigurosamente se abstenia de todo trabajo los judios, quisieron los fariseos concluir el acto, y ordenaron que se terminara quebrantando las piernas á los ejecutados. Los verdugos dieron en consecuencia el golpe mortal á los dos ladrones; pero un soldado llamado Longinos, adelantándose hácia la Cruz del Divino Salvador, tomó su lanza y la clavó brutalmente en el costado Sacrosanto del Hijo de Dios. El corazon de Jesus fué así traspasado de parte á parte, y San Juan, que no habia abandonado el pié de la Cruz, dice en su Evangelio, que de esta herida manaron sangre y agua.

Los demas verdugos, asegurados por este medio de la muerte de Cristo, dejaron de romperle las piernas, cumpliéndose de este modo la profecia de Moises, que dice: "Vosotros no quebrantareis ninguno de sus huesos."

La ley judáica prohibia que los cuerpos de los ajusticiados quedasen pendientes de la Cruz durante el sábado. La Santísima Virgen, San Juan y algunos otros discípulos de Jesus, resolvieron pues; sepultar su cuerpo; y con este fin uno de ellos, llamado José de Arimathea; hombre rico y poderoso, se presentó á Pilatos y le pidió permiso para desclavar de la Cruz y recoger en un sepulcro de su propiedad los restos inanimados del Hijo de María. (1) Pilatos concedió el permiso, no sin tomar nuevamente testimonio de la muerte de Jesus. El piadoso José, ayudado de algunos fieles, tributó á su

(1) Entre los fieles de que nos habla el autor, debe contarse no solo á José de Arimathea, que se ofreció á la Santísima Virgen para sepultar el cuerpo de Jesus, porque como nos dice San Juan en el cap. 19, se juntó con él el célebre Nicodemo, quien llevó una gran cantidad de aromas para embalsamarlo: y ambos acompañados de algunos fieles, lo descendieron de la Cruz, y lo sepultaron en un sepulcro nuevo. *Nota del Editor.*

Maestro aquel triste y postrer homenaje. El cuerpo sagrado se bajó de la cruz, y fué colocado en los maternales brazos de la Santa Virgen. Quitáronle la sangrienta corona de espinas que circundaba su frente; pusieron aparte los clavos arrancados de sus abiertas llagas, y encamináronse con la dolorosa carga hácia el sepulcro, nuevamente abierto en la piedra, y que José de Arimathea habia consagrado á ser sepultura de Jesus.

Lavado el cuerpo de Jesus, segun costumbre de los judios, embalsamaron sus llagas con perfumes y aromas, y suspendiendo hasta el siguiente dia por ser sábadó la completa terminacion de aquellos piadosos officios, las santas mujeres envolvieron la cabeza en un sudario y todo el cadáver en una sávana ó mortaja. En seguida lo bajaron á la concavidad abierta en la piedra viva que los peregrinos de Jerusalem veneran todavía hoy; y despues de la última despedida y de los postreros ósculos de amor, la Madre toda Dolorosa entró en Jerusalem con San Juan, su hijo adoptivo, con Santa Magdalena y sus demas compañeras.

Los Fariseos y los Príncipes de los Sacerdotes andaban entretanto muy alerta, acordándose de que habia anunciado Jesus

muchas veces que resucitaria al tercer dia. Así es que tan luego como espiró Jesus, fueron á pedir á Pilatos que les diese soldados "por temor, decian, de que los discipulos del impostor fuesen á sustraer el cuerpo para esparcir en seguida la voz de que habia resucitado." Pilatos, atormentado ya por los remordimientos, los despidió con ceño, diciéndoles.

—Guardias teneis, vigilad vosctros mismos el sepulcro.

Efectivamente, los judios mismos cerraron entonces la entrada del sepulcro con una losa; y pusieron sobre las junturas de la piedra el gran sello del templo para impedir toda supercheria.



## La Resurrección y el triunfo de Jesucristo.

### § I.

Jesús es la vida. Había padecido muerto, no como vencido, sino en calidad de vencedor, puesto que esta muerte iba à ser seguida de un magnífico triunfo que había de aherrojar al que tiene el imperio de la muerte, es decir, al demonio.

Catorce veces en el curso de sus predicaciones Jesucristo había anunciado que después de su Pasión y de su muerte, resucitaría al tercer día, y había indicado además que esta resurrección sería como el signo definitivo por el cual no solo sus Apóstoles,